

# Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 10 DE OCTUBRE DE 1909

NÚMERO 93



## LA FORTUNA

Muchas veces habréis oído hablar de la inconstante diosa, de sus veleidades; pero aún vuestras cabecitas no pueden calcular lo que en la vida del hombre suponen sus favores, y quiera Dios que nunca os falte su apoyo en el camino de la vuestra.

En lo tangible de la existencia, la fortuna adopta las formas del de-

Ayuntamiento de Madrid

seo, así vestida se la finge quien con ella sueña, y ya es el sobresaliente del estudiante como el décimo premiado en la lotería el éxito logrado ó el ascenso conseguido.

En el mundo de la fantasía, en esa ideal región poblada de bellas figuras, imaginada por el hombre para consolarse del prosaismo de su vida terrena, es una hermosa joven envuelta en vaporosa túnica, en actitud de correr, apoyando uno de sus desnudos pies en una rueda, á cuyos radios sirven de eje dos alas extendidas, llevando en sus brazos un retorcido y amplio cuerno que, con abundancia generosa, derrama un verdadero torrente de áureas monedas, y ostentando en su frente una diadema rematada por un brillante lucero.

Su carrera es vertiginosa, la lluvia de oro cae sin cesar. ¡Feliz quien pueda detenerla, aunque sea por pocos instantes! Los ricos dones del nunca extinto cuerno no intorrupten su abundante caída; bastaría entorpecer su marcha unos momentos para enriquecerse; pero ella no se detiene, la rueda gira transportada por las incansables alas de su eje, y sobre ella la fortuna corre, corre sin cesar, derramando alocada sus inagotables riquezas.

¡Cuántas malas pasiones, qué de tenebrosos proyectos ha sugerido el deseo de darla alcance! Loco el hombre, cegado por el torrente poderoso del oro que prodiga, cifra su ambición en perseguirla, no calculando que fuera más sencillo detenerla en su camino que alcanzarla en su carrera.

Habréis oído hablar de Creso, hasta vosotros habrá llegado la fama de sus inmensas riquezas; pues en nada cedían á las del héroe de mi cuento.

Sus magníficos palacios eran la admiración del mundo entero. Las riquezas en ellos acumuladas, increíbles; armas, joyas, cuadros, estatuas, objetos de arte, bastarían á llenar varios museos; sus vajillas cinceladas en metales preciosos causarían la desesperación del orfebre más notable, y sería prolijo relatar el número de sus dominios, pues entre montes, castillos, tierras de producción, alquerías y bosques, reunía tanto como el más poderoso de nuestros reyes.

Jamás supo lo que poseía, pues con liberalidad digna de encomio, allí donde encontraba una necesidad la socorría; donde una pena, acudía á su consuelo; donde un dolor, á su alivio.

Sin embargo, aquel hombre había sido pobre, muy pobre, tanto, que con frecuencia tuvo que mendigar el escaso alimento que le hizo vivir muchos de sus días; quizá por esto, y al contrario de muchos que con harturas presentes olvidan miserias pasadas, socorría espléndido á sus semejantes, y siempre obediente al divino precepto: "No quieras para tu prójimo lo que para ti no quieras", habiendo sufrido hambre y sed, corría en auxilio del que la padecía.

¿Cómo enriqueció? Vais á saberlo:

Su país ardía en guerra, pero no en esa guerra santa del derecho de la fe y del honor que hace de cada soldado un héroe, no en esa

guerra en que, tremolando la sagrada enseña de la patria, se ofrece el pecho á la muerte, lavando con sangre generosa ofensas, cimentando derechos, cubriéndose de gloria, no; aquellos hombres luchaban famélicos y desesperados como la fiera que, espoleada por el hambre, baja de la montaña al poblado, y á costa de jironès de su propia carne logra devorar la de su víctima; era guerra de hambre, de ambiciones, de pillaje, de primitiva barbarie, en que borrada de la conciencia del hombre la idea del respeto á lo ajeno, sólo obedeciendo la salvaje ley del más fuerte, llamaban conquista al robo, victoria al asesinato, derecho á la violencia.

*Continúa.*





## LOS MUSICOS AMBULANTES

(CONTINUACIÓN)

ROSINA. Que viene gente.

ROBERTO. Que hay que tocar.

EURICO. ¡Qué lástima! Ahora que iba á dormir. *(Comienzan á tocar cuando aparece el guarda con su bandolera y su escopeta.)*

GUARDA. *(Muy brusco.)* Sí; ¡tocai, tocai! Como que al hijo de mi madre se la vais á dar. Tocáis porque me habéis visto de venir.

ROSINA. Sí, señor capitano.

GUARDA. ¿Qué señor capitano ni qué señor cuerno? ¿Pensáis que yo me chupo el dedo? Tocáis pa disimular.

ROSINA. Para ganar la vida.

GUARDA. ¡La vida! ¿Qué te paice? ¡La vida! Lo que sois vosotros sois unos ladronzuelos que me andáis mero deando la viña y los olivos; pero como yo os coja en tanto así...

ROBERTO. Nada tenemos que temer, porque nada malo hacemos.

GUARDA. ¡Miale! ¡Paice un San Antonio bendito! El que no te conozca te com pre... Buenas piezas es-

táis fos. Pero ya os lo he dicho. Cuidadito me llamo. Andarsus con ojo, porque al que le pesque lo baldo.

ROSINA. ¿Qué injusticia!

GUARDA. ¿Injusticia? Pues anday, anday, ir á quejaros al señor alcalde. Ahí le tenéis, que cabalmente viene hacia acá. Cantarle la toná, que contento te tenís. *(Vase el guarda.)*

### ESCENA IV

ROSINA, ROBERTO, EURICO y el ALCALDE

ROSINA. ¡Egregio señor!

ALCALDE. ¿Qué monserga es esa? ¿Quiénes sois vusotros?

ROBERTO. Unos pobres músicos ambulantes que...

ALCALDE. ¡Ambulantes! ¡Ambulantes! Ello mismo lo dice. Granujería que anda á salto de mata y en toas partes se mete y pa na bueno. ¿De ande venís?

ROSINA. De ese pueblecito de allá arriba, dél que nos han echado sin compasión.

ALCALDE. Y muy bien que han hecho. Y cuando sus han

largao de allí, es señal de lo mal que sus habéis portado.

ROBERTO. Nosotros no hemos hecho nada malo. (*Con dignidad.*)

ALCALDE. ¡Pues no te traes tú poca fantasía, galán! ¡Vaya un orgullo que gastas pa ser mendigo!

ROBERTO. No es orgullo, es que...

ALCALDE. ¡Vamos callando! ¡Pus hombre! Cualquiera diría que el alcalde es él. (*Dirigiéndose á Rosina.*) Di, tú, mocita, pa donde tiráis.

ROSINA. Vamos al pueblo inmediato.

ALCALDE. ¿A cuál? ¿A ese? (*Señalando al foro derecha.*) ¡Quia! ¡En jamás de los jamases! ¿A mi pueblo, eh? No faltaba otra cosa. Seguid, seguid pa lante y pasad de largo...

ROSINA. Vamos rendidos de cansancio y tenemos hambre.

ALCALDE. ¿Y yo qué tengo que ver con eso? Yo ya cuido de los pobres de mi pueblo. Que cada palo aguante su vela.

EURICO. ¡Por piedad!

ALCALDE. ¿Qué piedad y qué calabazas! Creéis que he nacido ayer de un susto y que me chupo el dedo; pero á mí no me la dais con queso.

ROSINA. ¿Qué dice? (*A Roberto.*)

ROBERTO. No lo comprendo. No sé.

ALCALDE. Lo que no sabrás tú es ladrar, porque no se estila. Quiero decir que á mí no me la pega ningún chato.

ROBERTO. ¿Qué chato?

ALCALDE. A ver si te tengo que dar un revés que te eviente. ¿Me vais á tomar ahora el pelo? ¡Lo dicho, dicho, y bastante hemos hablao! Si queréis volver pies atrás, sus volvéis; si queréis quedaros aquí, sus quedáis, y si queris seguir, seguís; pero sin entrar en el pueblo. ¡Mucho

ojo con esto, que os puede costar muy caro...! ¡Pero que muy caro! He dicho. (*Vase el alcalde.*)

## ESCENA V

Dichos, menos el alcalde.

ROSINA. ¡Ay, Roberto! ¿Qué vamos á hacer?

ROBERTO. ¡Qué sé yo! Morirnos.

EURICO. ¿Morirnos, Roberto?

ROBERTO. Sí, morirnos de hambre, de cansancio, de vergüenza, de desesperación.

ROSINA. Calma, por Dios, Roberto. Hemos tenido la desgracia de tropezar con gente sin caridad, que no saben lo que es la desgracia. No siempre será así. Mira, aquí llega una viejecita. Ella nos aconsejará.

MENDIGA. (*Muy vieja y andrajosa llega apoyándose en un palo.*) ¡Un bien de caridad para la pobre ancianita!

ROSINA. ¡Pobre! ¿Pide usted limosna?

MENDIGA. (*Muy cariñosa.*) Sí, hijos míos. Ya veis. A mis años tengo que andar pidiendo. (*Tendiendo la mano.*) ¡Niñitos míos, una limosna para la pobre vieja...!

ROSINA. Si no tenemos nada. Si nosotros tenemos también que ir pidiendo.

MENDIGA. ¿Vosotros? Pues quién sois vosotros.

ROBERTO. Unos pobres músicos extranjeros.

MENDIGA. (*Irritada.*) ¡Extranjeros! ¿Y venís aquí á quitar el pan á los pobres del pueblo? ¡Bribones!

ROSINA. ¿Nosotros?

MENDIGA. (*Cada vez más furiosa.*) ¡Granujas! ¡Idos á vuestra tierra! Aquí no se os ha perdido nada. Pues no faltaba más que vinierais con vuestras manos lavadas á quitarnos el pan á los pobres de acá. ¡Canallas! No sus acerquéis á mí (*enarbolando el palo*),

*Continuará.*

## LA CAZA DEL CANARIO

Alegre, tranquilo y satisfecho vivía el canario en su dorada jaula. Sus amos tenían buen cuidado de proporcionarle agua y alpiste sin tasa y de halagarle el apetito con frescas y rizadas hojas de escarola y dulcísimos terrones de azúcar. Ni le molestaban las lluvias, ni le martirizaban los fríos, ni le atormentaban los ardores estivales. El



despacho de su amo le daba en el verano grata y apacible sombra y en el invierno muelle y regalado calor, sin que la venturosa avecilla tuviera que ocuparse nada más que de cantar, cosa que hacía maravillosamente, como maestra en gorjeos y escalas...

Hasta que un día su amito Luisín, encerrado en la casa por el mal tiempo, sentó sus reales en el despacho de su papá ausente. Como era muy revoltoso, en seguida empezó sus hazañas. Primeramente se entretuvo en coger moscas y ahogar-

las en el tintero; pero luego, ansiando divertirse más, fijó sus ojos en la bonita jaula y concibió una idea diabólica: soltar el canario y cazarlo después... Al momento puso manos á la obra. Alcanzó la jaula, abrió la portezuela y, hostigada hacia ella la avecilla, salió revoloteando torpemente yendo á detenerse sobre la mesa. Luisín le tiró la gorra que, mal dirigida, fué á dar en el tintero volcándolo y, por muy

pronto que quiso acudir al remedio, sólo logró llenarse las manos de tinta y pinarrrajearse en el rostro un extraño y

grotesco tatuaje. Habíase posado el canario sobre un busto marmóreo que representaba no sé qué personaje romano. Era calvo, aquilino de nariz, redondo y rasurado de faz y abombado de frente; pero su aspecto imponente y grave no impidió que el rapaz le tirara un libraco á cuyo golpe el busto retendió, escapando ileso el canario. Entonces Luisín determinó abandonar los medios violentos y, viendo al dorado pajarillo en la cornisa de madera que, encima de la puerta sostenía unas pesadas cortinas, preparó hábilmente un ataque, como general que se dispone á acometer una fortaleza. Al pie de la cornisa llevó una mesilla que estaba llena de diarios y revistas; sobre ella colocó una silla y sobre la silla dos tomos de diccionario. Con simiesca habilidad trepó á lo alto de la pirámide y, cuando ya había puesto sus pies sobre el léxico y comenzaba á enderezarse, he aquí que se sienten unos pasos, que estos pasos se acercan, que se paran frente á la puerta, que ésta, impelida hacia adentro, tropieza con la heterogénea mole, la cual, al ímpetu violento, se barbolea y se derrumba con estrépito...

Luisín cae sobre un blando sofá; el canario, espantado y como si tuviera conocimiento, se mete por su voluntad en la abierta jaula; la mamá del rapaz entra, ceñuda y sombría, y, comprendiendo de una ojeada lo ocurrido, le dice:

—¿En esto te entretienes, pícaro? Pues un mes estarás sin postre...

Y el pobre *cazador* se pone á llorar con desconsuelo...



José A. LUENGO.



MARENGO. CUADRO DE A. LALAUZE

La intervención de la Caballería fué el momento decisivo de la batalla de Marengo. Mandados por el general Bessières, los granaderos franceses lanzáronse sobre los austriacos con verdadero furor y con ímpetu colosal. Es-

taban deseosos de entrar en acción, según cuentan los historiadores, y la orden de cargar les enardecíó de entusiasmo. Todos se dispusieron á luchar hasta morir y resultar vencedores.



# FABULAS ESCOGIDAS

## LA URRACA Y LA GALLINA

—¡Qué escándalo—en tono fiero  
una gallina decía  
á una urraca que comía  
las flores de un limonero.  
—¡Que se come, jardinero,  
de las de arriba á destajo!  
—Celebro tu desparpajo  
—contestó la urraca altiva,—  
¿no he de comer las de arriba,  
si no has dejado una abajo?

## LA MCNA, EL MONO Y EL LORO

Con la faz más espantosa,  
la mona de un mercader,  
en ilusión deliciosa,  
recordando cualquier cosa  
reía á más no poder.  
Como un mono la veía,  
que por boba la tenía,  
reír sólo para sí,  
de ella el mono se reía  
con un burlesco *ji ji*.  
Un loro que al mono vió  
por loco lo tuvo ya,  
y también de él se rió,  
y sin cesar, prorrumpió  
en un *ja ja* y más *ja ja*  
Cuando al pasar por allí  
oía al simple del loro  
la gente, fuera de sí,  
reía diciendo á coro,  
unos *ja ja*, otros *ji ji*.

Y aunque de bobos la hornada  
va siendo muy larga ya,  
siquiera por la bobada  
conmigo la carcajada  
soltad, diciendo *ja ja*.  
Con lo cual probar intento  
que con remedio servil  
en este mundo, y no es cuento,  
*asi como un loco ciento  
llega un bobo á hacer cien mil.*

## EL BEODO EN EL FESTIN

Un beodo en una orgía  
“Brindo por que el alto cielo  
purgue de vicios el suelo”  
—con voz de trueno decía.—  
¡“Guerra al vicio”, repetía  
y un vaso apuró hasta el poso.  
*Que en este mundo engañoso,  
dando al labio torpe oficio,  
hay quien habla mal del vicio  
siendo él el primer vicioso.*

## EL MANCEBO Y LOS PAJAROS

Vió Gil de un árbol caer  
cinco pájaros, y todos,  
corriendo por varios modos,  
los quiso á un tiempo coger...  
¡Deja, buen Gil, de correr  
que no cogerás ninguno...!  
¿A qué tras cinco, importuno,  
á un tiempo vas con ahinco,  
si para coger los cinco  
tienes que empezar por uno?

RAMON DE CAMPOAMOR.



## LAS BONDADES DE NINI

XLVII

Pues claro que no haré nada malo; si yo no lo hago nunca! ¿verdad, Piluca?

—Mira, Nini, contestó,—no sé qué decirte. Ahora se lo preguntaremos á la *miss*. Veremos si ella se acuerda cuántos años tenía yo cuando se me fué el diablillo que tenía en la tripa; y así sabremos si el tuyo es más chico ó más grande, más bueno ó más rebelde.

—¡Ah! ¿Pero las niñas tenemos un demonio en la tripa?

—Cuando hacemos travesuras, sí.

—Pues yo no hago travesuras.

—¿Cómo llamas, entonces, á subirte á los árboles, soltar los pájaros, llenar de espinas las camas del colegio y otras lindezas por el estilo?

Llegamos á casa de Piluca; su mamá me dió muchos besos y la *miss* también; habló con ella Piluca de eso de los diablos, y la *miss* dijo:

—Me parece, Piluca, que el diablillo que tiene Niní es más terco y de peor calidad que el tuyo, y milagro será que no dé mucho que sentir.

Yo me fuí corriendo en busca de Enrique; me encontré á *Sultán* en el pasillo.

—¡Buenas tardes, *Sultán!*—grité.—Espérate un poquito porque me vas á llevar á caballo hasta el cuarto de los juguetes.

¡Pero, señor, qué tonto *Sultán!* ¿pues no se iba hacia la cocina? ¡Qué boba soy!—pensé.—¡Los caballos llevan unas correas para guiarlos y el pobre *Sultán*, como no le guío, no sabe donde ir! ¿Cómo le haría comprender que quiero ir al cuarto de los juguetes? ¡Ah, ya



sé! Le agarré de las orejas y tiré muy fuerte, muy fuerte, gritando:  
—¡Arre, *Sultán!* ¡Arre, caramba!

.....  
¡Cataplum! ¡Me tiró! Y me hizo muchísimo daño, sí, señores, muchísimo daño; claro es que empecé á gritar:

—¡Ay, ay, ay! ¡Socorro! Que *Sultán* es un animal y me ha tirado, y me ha hecho un chichón en el mismito sitio que me dolía cuando me caí del árbol. ¡Ay, ay, ay! ¡Socorro...!

Vinieron todos corriendo, y Piluca dijo:

—¡Ea, no ha sido nada! ¡Mira, Niní, ni chichón ni nada! Ya pasó. Pero que no se te vuelva á ocurrir lo que has hecho. ¡*Sultán!*

Llegó *Sultán* corriendo y meneando mucho el rabo y las orejas.

—Vamos, *Sultán*, ¿cómo has hecho eso de tirar á Niní?—le preguntó Piluca.—Vamos, sí; mueves las orejas para decirme que Niní las ha equivocado con las riendas y te hacía daño. Bueno, pero pídelas ahora mismo perdón, dala un beso.

*Sultán* me dió un lametón y todo se acabó. Entramos en el cuarto de Enriquito, que estaba jugando á los *retratistas*. Le había comprado su papá una máquina y estaba retratando á unas muñecas de Piluca. ¡Qué risa! Las decía, “¡quietas un momento!” ¿Si será tonto?

—Oye, Enriquito, déjame á mí retratar.

—No me da la gana, que no sabes—respondió.

—Sí me da la gana, que sí sé—contesté.

Y fuí á cogerle la máquina; él, que es muy tonto, me dió un empujón; yo no quise ser menos y le dí otro empujón.

—¡Que te estés quieta, Niní, que te doy una patada!—gritó Enrique.

—¡O me dejas la máquina para retratar yo á *Sultán* ó te doy muchos puñetazos!—contesté.

—¡Que me dejes en paz!

—¡Que no quiero!

—¡Que no te la doy!

—¡Que sí me la das!

Fué el muy bárbaro y alzó un pie y ¡pum! me dió una patada. Y yo entonces me tiré á él, le arranqué los pelos, y le dí un mordisco en una mano, y muchos puñetazos en la cara, y, ¡naturalmente! con tanto jaleo la máquina se cayó al suelo y se rompió, y Enriquito empezó á chillar.

M.<sup>a</sup> ATOTCHA OSSORIO Y GALLARDO.





ESPAÑOLFS ILUSTRES

## MIGUEL SERVET

**M**iguel Servet, espíritu tal vez el más culto y sagaz de una época de fecundo florecimiento intelectual, fué hijo de Tudela, donde nació en 1511, de padres cristianos de antigua raza que vivían noblemente. Cursó humanidades en la heroica ciudad de Zaragoza y en Tolosa los estudios de jurisprudencia, á la que había ido, más que por propia vocación, obedeciendo órdenes de su padre, que deseaba ver á su hijo hecho un letrado de nota. Pero Servet se inclinó tanto á los estudios escriturarios, que á poco de comenzar las leyes, se de-

Ayuntamiento de Madrid

dicó de lleno á saturarse de las doctrinas de Malanchton y á formarse ideas propias sobre teología y diversas ciencias.

Teniendo aún pocos años, y siendo escolar, estuvo á las órdenes del confesor del Emperador Carlos V, é hizo con él el viaje á Italia y Alemania, presenciando en Bolonia la coronación del César en 1529 y la Dieta de Ausburgo en 1530, fecha en que dejó de estar al servicio de aquél. Desde este momento comienza Servet la vida de estudiante vagabundo y la de la lucha por sus ideas, en la cual se creó la prevención y recelo del hereje Zuinglio, de su colega Juan Hauss, y, más tarde, la enemistad personal del enconado fanático Calvino.

No gastó Servet el talento y energía en sólo debatir cuestiones filosóficas; sin abandonarlas emprendió estudios de otros órdenes del saber humano, alcanzando, gracias á ellos, para bien de la humanidad, descubrimientos que han hecho adelantar rápidamente á la medicina y conocer mejor la fisiología del hombre.

Y así, en 1536, entusiasmado por aquella ciencia, pasó á continuar sus trabajos á la escuela de París.

Cuando mayor era su fama y más estimadas sus publicaciones, dió á la estampa en 1553 un libro explicando la pequeña circulación pulmonar que, si entonces motivó tantas discusiones como admiración, no ha dejado de ser estimada por la crítica de ahora como un notable progreso sobre la ciencia de su tiempo.

A consecuencia de sus opiniones sobre fisiología, salió de París, viviendo por algún tiempo en Lyon, Aviñon y Charlieu, donde continuó su profesión. Vuelto á la primera, cogió la pluma y trazó nuevas obras, publicando una en la que refutó la tesis de Calvino. Este, viendo que no podía deshacerse del sabio español, entregó á los tribunales todas sus obras, denunciándolas como heréticas y contrarias á la buena doctrina.

El Santo Oficio de Francia ordenó la prisión del gran fisiólogo, á la cual se procedió en 4 de Abril de 1553 en Viena. Los jueces, reconociendo los méritos de Servet, no quisieron exagerar su justicia; antes al contrario, tan liviana era la reclusión á que le sometieron, que el 7 del citado mes pudo, sin grandes riesgos, romperla y huir hacia Italia, con el propósito de retirarse á España, que deseaba volver á ver; pero su mala estrella le llevó á Ginebra, en la que, entregado por Calvino á la justicia, se preparó su condenación y martirio.

Al fin, el monstruoso Calvino logró su objeto el 27 de Mayo de 1553, y Miguel Servet, que por tantos títulos merecía la consideración del mundo, fué conducido á la hoguera en donde ardían sus libros.

Así acabó la vida del doctor más ilustre que hasta nuestros días tuvo España, del varón que en Francia, Alemania, Suiza é Italia había ganado timbres para su nombre y glorias para su patria. La privilegiada inteligencia de Servet sobresalió en distintos conocimientos, pues fué teólogo, médico, descubridor de la circulación de la sangre, geógrafo, astrólogo, hebreizante y helenista.

ENRIQUE PACHECO Y DE LEIVA.

Ayuntamiento de Madrid

## LA DUCHA



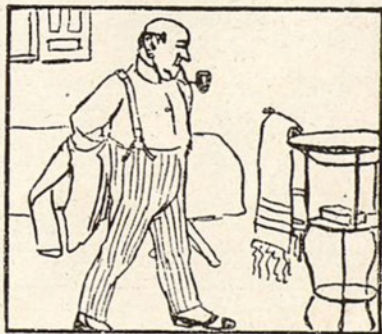
Llegó D. Antolín al pueblo, con propósito de pasar una temporada.



Siendo recibido con grandes muestras de alegría por sus colonos.



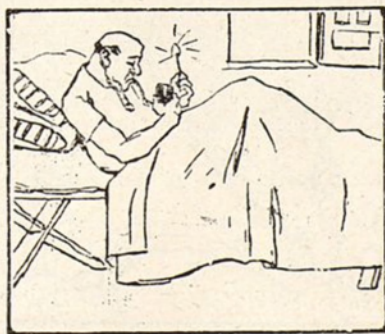
—Ante todo quisiera lavarme, que bien lo necesito—dijo a la tía Toña.



Y en seguida le sirvieron lo mejor que había en la casa.



—¡ Hay que tratarle bien! —decía Toña á su marido.



Y mientras, D. Antolín, pensaba: “¡Qué bien me hubiera venido una ducha!”



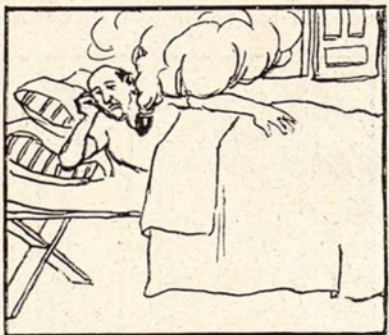
—¡Paice que huele á quemao!—  
decía el matrimonio á su chico  
mayor.



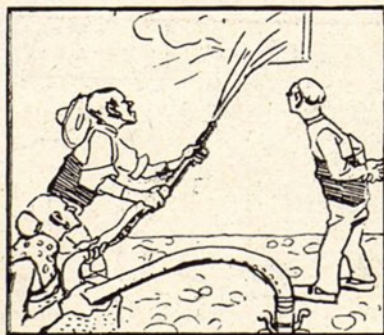
D. Antolín seguía con su tema:  
“¡Una ducha! ¡Una ducha!”



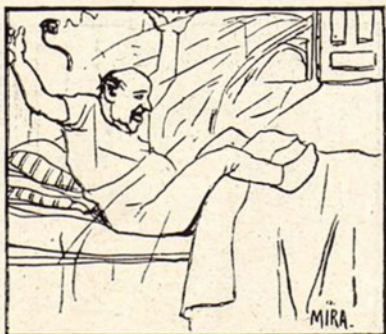
—¡No lo dije!— gritó la tía Toña.  
Y es D. Antolín, que se quema!



D. Antolín daba vueltas en la  
cama tranquilamente.



Sus colonos pensaron en salvar-  
lo antes que nada.



Y al fin, el viajero se salió con  
la suya... ¡Tuvo ducha!